

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

MADERO EN LA HISTORIA  
TRES INTERPRETACIONES

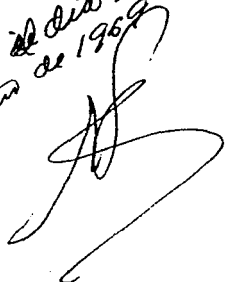
JARIBAS ACETOLUIS  
M. A. M. U.

Trabajo escrito que presenta la  
alumna María de Jesús Cubas Maza,  
para optar al Grado de Maestra en  
Historia.

Vo. Bo.

*J. Blázquez*

*J. B.  
Antiguos de la U  
de Juan de 1969*



México

1 9 6 9



Universidad Nacional  
Autónoma de México



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

El uso del maderero en la historia de México ha sido un tema recurrente en la literatura del siglo XX. Desde los primeros años de la independencia, el maderero ha sido considerado como un personaje clave en la historia del país. Su rol ha sido interpretado de diversas maneras, desde un simple trabajador hasta un agente de cambio social. En este artículo, se exploran tres interpretaciones de la figura del maderero en la historia de México, desde la perspectiva del historiador, el sociólogo y el filósofo. Cada una de estas interpretaciones ofrece una visión única de la importancia del maderero en la historia del país y su impacto en la sociedad mexicana.

**MADERO EN LA HISTORIA**  
**TRES INTERPRETACIONES**

La primera interpretación del maderero en la historia de México es la que lo ve como un trabajador duro y honesto. Esta visión se basa en la idea de que el maderero es un hombre que vive en el campo, lejos de la corrupción y el lujo de la ciudad. Su vida es una lucha constante por sobrevivir en un medio hostil. Esta interpretación ha sido utilizada para promover una imagen idealizada del maderero como un símbolo de la moralidad y el esfuerzo. Sin embargo, esta visión también puede ser criticada por ser demasiado simplista y por ignorar las complejidades de la vida del maderero. En realidad, el maderero ha sido un personaje con muchas facetas, que ha jugado un papel crucial en la historia del país y su cultura.

## INTRODUCCION

Un estudio historiográfico como el que aquí presentamos, presupone un punto de vista en el sustentante. El que nosotros vamos a exponer puede caber, si no se es excesivamente rigorista en la conceptualización, dentro del historicismo. Es decir de la corriente que cree que tanto los "hechos" o personajes del pasado, como lo que de ellos se ha escrito forman una unidad in separable; es decir, que en definitiva toda historia acaba siendo una historia de la historiografía. Con base en estos supuestos hemos elaborado un análisis somero, reducido en sus alcances, de tres imágenes históricas de Francisco I. Madero. Las tres corresponden a nuestro entender a momentos tipos de la historiografía de la revolución en general y del maderismo en particular.

La primera, la de Juan Sánchez Azcona, está nutrida de la vivencia misma de la revolución y de una participación no sólo teórica sino sentimental de las ideas del caudillo revolucionario; la segunda la de Luis Lara Pardo, se corresponde con un momento de crítica a la revolución, por una especie de ajuste de cuentas primero, --sobre todo con sus hombres-- y por una interpretación después, que pone énfasis en aspectos del movimiento revolucionario que no fueron ciertamente los que Madero expresó, pero que sin embargo por las razones que a su tiempo --

explicaremos, se pretende que debieron ser las que sustentó. Finalmente, la tercera imagen, elaborada por Stanley R. Ross, tiene dos valores importantes; primero el de la objetividad que le dan la distancia en el tiempo y la diferente circunstancia histórica; otro, el de una indudable simpatía hacia el personaje, que proviene a nuestro entender de una participación ideológica mayor de la que se puede advertir en un examen superficial.

Una segunda apreciación general que queremos adelantar es que los tres trabajos que analizamos caben dentro de los historiografía biográfica, y dentro de esta clasificación, en la biografía de los hombres políticos.

La biografía presupone en quien la elabora algo más que el interés que todo historiador tiene por la rama a que se dedica; tiene la atracción por el personaje que puede ser positiva o negativa, pero que difícilmente, casi diríamos que en forma imposible, puede ser fría o pretendidamente objetiva.

La biografía como forma historiográfica ha suscitado una serie de consideraciones de tipo polémico sobre su legitimidad o importancia. Para algunos es un género menor de mera divulgación que suele sacrificar la verdad en aras del engrandecimiento o en depreciación de la figura de que se ocupa. Para otros en cambio, la biografía es una de las cumbres historiográficas, porque además de erudición requiere en el historiador una capacidad com---

prensiva mayor no sólo intelectual sino afectiva de aquello que estudia y finalmente exige capacidad literaria. También la biografía suscita un doble problema: ¿es el personaje quien con su genio o capacidad de comprensión de su tiempo o sensibilidad política por encontrarlo dirige y por tanto produce la historia?, o bien ¿es el personaje como la quinta esencia de una realidad histórica que él simplemente encarna?

Nosotros pensamos que la verdad se encuentra, como casi siempre, en un justo medio; ciertamente en el "héroe" se dan con claridad las condiciones y aspiraciones de un tiempo histórico, pero quien hace historia, es porque sin desprenderse de esa realidad que encarna, la trasciende y la dirige.

Nuestros autores representarían, aunque desde luego no muy puramente estas posiciones; por ejemplo para Sánchez Azcona, Madero es como el motor poderoso que se mueve transformando la realidad. Lara Pardo en cambio, encuentra mucho del fracaso de Madero en su inauténtica interpretación de la realidad que lo llevó no sólo a no expresarla sino a fracasar al intentar hacer lo. Stanley Ross sería el más cercano a nuestro punto de vista; Madero es para él resultado pero también causa, entendió a su tiempo y porque lo entendió conoció sus deficiencias, aunque fallara en la solución final y definitiva que intentó para México: la democracia.

JUAN SANCHEZ AZCONA

Historia y vivencia

Juan Sánchez Azcona, el primero de nuestros autores, es fundamentalmente un testigo que narra, un periodista que informa, pero que al mismo tiempo toma partido. Sus juicios no son fruto de un análisis intelectual profundo sino de las simpatías o diferencias, de la participación o rechazo de conceptos políticos más -- bien superficiales. Socialmente hablando, Sánchez Azcona pertenece a lo que algunos autores han llamado la "burguesía mexicana"; -- de aquella cuyo desahogo económico le permitió ilustrarse, viajar, nutrirse de experiencias ajenas y en un momento dado también, cuando sus miembros consideraron tener alguna madurez, intentar una participación activa en la vida pública de México. Hablando del régimen del general Díaz, Sánchez Azcona nos recuerda las ideas -- de toda la generación de los hombres que hacia 1908 llegaban a la madurez; pertenece a la casta de los Calero, los Moheno, los Alegre y desde luego a la de Madero. Educados en el mito social de la paz, la consideraron un bien y la herencia mejor del antiguo régimen. Comprenden que el progreso material alcanzado es mucho pero son conscientes de que no es general. Por su herencia liberal no acaban de admitir nunca que la libertad deje de ser un -- bien necesario; aceptan únicamente un sacrificio pasajero de ella pero la consideran como el coronamiento de toda evolución políti

ca y social; en una palabra la lectura de Sánchez Azcona es una prueba de hasta dónde el evolucionismo mexicano prendió en una generación formada en él. Sánchez Azcona cree en la democracia y en las virtudes de este sistema político, pero más de una vez en su libro parece saltar la pregunta de si la violencia puede ser el camino más adecuado para lograrla. No obstante su pensamiento contiene una novedad: al decidir si la democracia formal, tradicional puede satisfacer al México de la primera década del siglo XX, Sánchez Azcona piensa que no, que tiene que ser una de mocracia enriquecida por una conciencia social aguda; porque la libertad liberal no basta y debe ir acompañada del acceso a la - riqueza económica, de la justicia social; y aquí hay otra prueba de cómo el positivismo había hecho evidentes los problemas de la realidad para los hombres que estaban sobre estos dos ejes: un - evolucionismo frente a un revolucionarismo; una democracia estric tamente política y una "social democracia"; así creemos encontrar los hilos del entendimiento y explicación de Sánchez Azcona hacia la figura y la obra de Madero.

Hay que advertir, empero, que el maderismo, al declararse democrata, no considera a la democracia en su aspecto tradicional, es - decir, integrada exactamente por unidades individuales, sino dentro de la evolución social que ha sufrido universalmente y que la hace consistir en unidades corporativas formadas por afinidad de intereses y de necesidades de grupo, lo que la impregna de una esencia que pudieramos llamar socializante. El maderismo es, por tanto, social democrático. (1)



Juan Sánchez Azcona y Francisco I. Madero nacen y se forman en una misma época histórica; sin embargo cada uno de ellos tiene diferencias ideológicas que se van haciendo evidentes a medida que se conocen sus obras y sus actividades. Sin duda el primer origen de esas diferencias podría explicarse por la formación familiar y por la educación que cada uno de ellos recibió. Sánchez Azcona perteneció a una familia para la cual las actividades políticas nunca fueron ajenas, además una familia con claros intereses intelectuales; por lo tanto Sánchez Azcona, muy joven, tuvo inquietudes semejantes. La familia Madero, en cambio, como familia de terratenientes era marcadamente conservadora, -- partidaria del status existente y su progresismo sólo se manifestó en una actitud sentimental de mejoramiento popular.

Acerca del desarrollo político, las diferencias que se perciben entre Sánchez Azcona y Madero podríamos decir que son de método, pues ambos son demócratas; sin embargo, para el primero el progreso material y social serían las condiciones para la libertad; para Madero, en cambio, la democracia, como ejercicio constante, era la única garantía posible de progreso económico y social.

La prueba de lo que venimos diciendo está en que al comenzar la lucha política, Madero y Sánchez Azcona pensaron en forma diferente respecto a la formación del Partido Democrático. Made

ro cree que un partido debe ser resultado casi espontáneo de una conciencia democrática en la que cree, Sánchez Azcona en cambio considera al partido como cuerpo dirigente de esa conciencia, como causa y no como resultado. De aquí deriva la verdadera diferencia entre Madero y los hombres de su generación. Madero no - duda de ningún modo que el pueblo esté apto para la democracia; lo único que hace falta es que la ejercite. Los demás, sobre todo los que mencionamos antes consideran necesario un momento transicional constituido por una especie de aristocracia intelectual previo a la soberanía popular. (2)

Otro punto de diferencia entre Madero y Sánchez Azcona radica en que para Madero -liberal de corte clásico- la democracia política es una especie de vara mágica que todo produce, y de la cual surgirían el bienestar económico y la justicia social; recogemos que llegó a decir "el pueblo no tiene hambre de pan sino -- hambre de libertad".

Sánchez Azcona en cambio, percibe claramente la urgencia de un mejoramiento económico y social pero no lo ve como resultado de la democracia sino como uno de sus elementos, y así por ejemplo piensa en una unión del capital y el trabajo; nunca desde luego en una pugna de estos factores económicos que considera imposible en México, pero si desde luego en una comprensión de los poseedores de la riqueza hacia los derechos de los traba

jadores.

Un punto interesante es cómo Sánchez Azcona en algunas ocasiones no percibió hechos que para otros periodistas o para el -- propio Madero fueron evidentes; así por ejemplo, la poca importancia que dio a la entrevista Creelman, a la que simplemente consideró falsa en cuanto a las declaraciones de Díaz, sin notar algo que para casi todo el mundo fue obvio, el desprecio a la opinión nacional que el presidente demostró al usar un órgano de difusión extranjero para sus declaraciones, y que como muchas otras actitudes del antiguo régimen, explicarán el agudo, mejor diríamos -- agresivo nacionalismo que caracterizará a la Revolución.

Otro punto especialmente importante para estudiar el pensamiento de Sánchez Azcona es, a nuestro juicio, el que se refiere a la campaña política emprendida por Madero. La mayoría de -- los autores --y desde luego nosotros con ellos-- la juzgan importantísima; allí se manifestó por primera vez el despertar de la conciencia popular y se hizo patente su fuerza. ¿Por qué Sánchez Azcona y otros de sus contemporáneos no la consideraron significativa? La explicación surge de sus propias ideas, predicar la democracia al pueblo era sembrar en el viento, pues el pueblo -- fue considerado por ellos en esos momentos incapaz para la democracia; ésta llegaría alguna vez a ser su patrimonio, pero tal situación no se presentaba todavía.

Un aspecto interesante del pensamiento de Sánchez Azcona, queda de manifiesto cuando expone el pensamiento maderista sobre

la escuela y es interesante porque se hace patente el hecho singular de la educación mexicana de la época, donde positivismo y liberalismo intentan coincidir; Sánchez Azcona postula por un lado la libertad de enseñanza cuando dice "el alfabeto no tiene matiz"; la educación es principio de libertad porque con ella se aprende a pensar y a saber, para después prever y poder obrar conscientemente. Sin embargo eso no impide que el estado imprima "su propio sello en las aulas oficiales". Aquí está presente sin duda la influencia de Justo Sierra, quien justamente veía la educación como educación para la libertad, en la base de la cual pensaba el maestro y Sánchez Azcona repite como un eco- estaría el hogar como "base germinativa. (3)

También es importante precisar que Sánchez Azcona ni como liberal, ni como deudor intelectual del positivismo, abandera el liberalismo jacobino de otros tiempos, y que otros grupos de su época como los magonistas habían puesto de nuevo en vigencia.

Cuando Sánchez Azcona hace la historia del régimen maderista nos permite ver con gran claridad sus diferencias con el caudillo, y de paso entendemos la transformación de Madero, el jefe revolucionario, en Madero el gobernante. Al relatar los principios del movimiento, Sánchez Azcona demuestra moderado; al narrar el proceso de la revolución se percibe una radicalización de sus ideas; de allí que, a pesar de los esfuerzos por ex-

plicar a Madero con razones de tipo personal, moral, deja sin embargo escapar la idea de que el caudillo fracasó. De todo lo anterior, el último punto es entendible porque si Madero se sentía un auténtico demócrata, consideró que debía gobernar para todos sin exclusiones, mientras que los revolucionarios, más que un presidente de los mexicanos, querían un presidente de los revolucionarios. De allí que Sánchez Azcona acabe creyendo que Madero -- ejerce una política conciliatoria que de algún modo se asemeja a la del general Dáiz.

A lo largo de las páginas de Sánchez Azcona, que nosotros consideramos como fundamentalmente biográficas, muchas figuras -- como Bernardo Reyes o Henry Lane Wilson parecen desvanecidas. -- Esto lo entendemos a través de dos ideas: que Sánchez Azcona, a pesar de todo, considera a Madero como la esencia misma de todo lo que sucede; la otra, que la vivencia cercana de los hechos -- le impide tener una perspectiva para llegar a una explicación -- profunda.

Las diferencias que el propio Sánchez Azcona nos va haciendo sentir que tuvo frente a Madero, no le impide sin embargo un esfuerzo de objetividad, se nota en él, un afán de no desvirtuar unos hechos para los que además, a pesar de lo dicho tiene una profunda simpatía. Las divergencias entre Madero y Sánchez Azcona, insistimos, son de método; los fines siguen siendo los

misimos: la democracia, la libertad y el mejoramiento popular. Los dos hombres creyeron en la posibilidad de cambiar el país sin recurrir a la violencia, a ambos les parece que la revolución se les impuso como recurso último. Como a toda su generación, a Madero y Sánchez Azcona la cerrazón del régimen de Díaz los convirtió de políticos evolucionistas, en revolucionarios.

El libro de Sánchez Azcona escrito un cuarto de siglo después de iniciado el movimiento renovador de 1910, puede contemplar mucho del movimiento con una perspectiva más dilatada, que aunque mezclando ya democracia política y lo que el propio Sánchez Azcona llamó social-democracia, no se ajustaba sin embargo en la práctica a la limpieza de los sistemas, nuestro autor se expresa con cierta nostalgia romántica de su movimiento cuando dice:

¡Gobierno azaroso y preñado de penas y de peligros, el del Presidente Madero! ('Pero modelo de honestidad y de buena intención) ¡No creo que en toda la historia de México haya habido otro que lo supere o siquiera iguale en tales sentidos. Haber formado parte de él, - constituye un innarcesible blasón de noble orgullo. En nuestros días no hay nadie que justificadamente pueda desconocer esta verdad. Madero sí merece ante las generaciones por venir, de manera plena y minuciosamente comprobable, el calificativo de Presidente Blanco. (4)

LUIS LARA PARDO

## Historia y juicio

La segunda visión histórica de Madero y el movimiento revolucionario de 1910 nos será dada por el doctor Luis Lara Pardo en su obra Madero, (Esbozo político). Periodista, como Sánchez Azcona, relata hechos de que fue testigo, pero no actor. El libro entrega, desde luego, una imagen totalmente negativa de la revolución. Según Lara Pardo nada benéfico resultó de ella.

Al situar a nuestro segundo autor en la perspectiva de su propio momento, encontramos una prueba rotunda de lo que sostuvimos en las primeras líneas de este trabajo, o sea que una visión histórica tiene la doble vertiente de los hechos que narra y de cómo la circunstancia del narrador los condiciona. La década de los treinta en México hizo aflorar ideas revolucionarias nuevas. La nueva posición resultaba, en algunos casos tan novedosa y radical, que para muchos no encajaba dentro del proceso general de la Revolución Mexicana, entendida como un todo continuo. Vista desde la perspectiva de los resultados en los años treinta, muchos hombres no la comprendieron y pensaron en el pasado del movimiento y en su presente como desvinculados y a veces contradictorios. A manera de ejemplo y para explicar mejor queremos recordar el caso de Luis Cabrera. Para este precursor, actor y dirigente del movimiento, el momento del México de la tercera década

da del siglo era una deformación de la "revolución de entonces". La "revolución de ahora" negaba su propio pasado, traicionaba sus orígenes y su programa. Para Cabrera, como para muchos otros, la revolución de 1910 era demócrata-liberal; y como ya hemos dicho - consideraba que con una reorganización política a fondo y con el sufragio como eje, la realidad toda se transformaría. La agresiva actitud del momento no le satisfacía. Pretendía ser una especie de preámbulo del socialismo en México y esto, lo veían como una traición y un peligro. En situación totalmente inversa, otros escritores y políticos pensaban que su presente socializante, era la verdadera revolución y no la otra. Convertidos en jueces y - no en historiadores someterían a los hombres del pasado a un juicio en el que les tomaban cuentas por no haber presentado o adivinado cuál era la verdadera revolución. Precisamente dentro de esta última corriente pensamos que está incluido Luis Lara Pardo.

Con la llegada del general Lázaro Cárdenas al poder, y aun antes con la formulación del Plan Sexenal, la revolución mexicana llevaba a cabo un esfuerzo interesante de revisión de objetivos y de método. Los hombres de entonces consideraban que la pura -- libertad política, que la democracia a secas, era insuficiente para transformar la realidad en el horizonte de la historia universal. Lo que consideraba el milagro de la revolución soviética, encandilaba hasta a los más perspicaces. Como otras muchas veces en nuestra historia la imitación extralógica no se hizo -



esperar. México, como Rusia con la aplicación del sistema del marxismo, ahora sí haría la revolución. Ciertamente este fenómeno no era patrimonio oficial del gobierno que no pretendía ser socialista, pero los intelectuales que se decían avanzados y los ideólogos o quienes querían serlo, reflejaban en ese régimen sus propias inquietudes; e incluso en algunos casos, como en el de la educación, pretendieron implantar el sistema que preconizaban, de espaldas a las estructuras políticas del país.

En esta circunstancia y con estas inquietudes Lara Pardo escribe su libro que se publica en 1937.

Nuestro autor, sin mayor rigor, casi desahógicamente, pretende escribir un libro dentro de las categorías del materialismo histórico. Sin embargo su obra no es analítica, sino combativa, llena de adjetivos que nada explican y todo lo condenan. Cuando describe al porfiriato, lo presenta como un bloque de ineptitud y de fracaso, nada se salva del antiguo régimen, el fracaso económico es total, la corrupción alcanza a todos los sectores del país.

Los barrios bajos, con su espantosa miseria; las prisiones pavorosas; los cuarteles inmundos, que eran otras tantas cárceles; las Cáceres - nacionales, no las veía más que el nativo cuya sensibilidad no está embotada por la diaria contemplación de tanta miseria... En el hospital - de sangre, en las secciones médicas de las comisarías, en el Hospital - Militar donde pasé años juveniles, lo que yo presencié era infernal. (5)

Pero a partir de ese momento, encontramos una gran diferencia con nuestro autor examinado. Frente al sistema de Díaz se -- erigían los hombres para restaurar la democracia pero para Lara - Pardo esto no tiene importancia. ¿Por qué? Porque la democracia, como sistema político, engendra en sí misma irremediablemente la dictadura. Con esta perspectiva, Lara Pardo explica todo el pasado de la historia mexicana como un esfuerzo por la libertad democrática que siempre originó un dictador. Pero hay algo más, no sólo la democracia es impropcedente como sistema político general, sino que en el caso de México tiene la agravante de ser una burda imitación de los Estados Unidos y aun en ese país, salvo verdaderas excepciones, la democracia no ha sido una realidad.

Nos hemos aferrado a un sistema esencialmente inseguro, el más torpe, el más difícil de cuantos el hombre ha inventado. Es un mecanismo desquiciado. Es como un -- avión mal ajustado y que no puede volar, o si se levanta, no tardará en caer y estrellarse contra el suelo. Nos aferramos a él a pesar de tantos y -- tan desastrosos fracasos. Seguimos deslumbrados por el miraje de estabilidad, de fuerza de prosperidad y de aparente -- dicha que vemos del otro lado de nuestra frontera del Norte. (6)

Así las cosas, no es difícil ver que toda la obra de Madero carezca de importancia a los ojos del doctor Lara Pardo. Pero nos preguntamos y lo preguntamos a nuestro autor ¿Por qué entonces la gente siguió a Madero? Porque lo inaguantable del an-

tiguo régimen, hacia de quien se opusiera a Díaz un imán poderoso para el pueblo. Luego el único mérito de Madero fue capitalizar el descontento general.

Los revolucionarios seguían a Madero, el osado, el valiente, y no su programa. En sus partidarios verdaderos había la fe, la confianza, la esperanza que despertaba, el optimismo que irradiaba aquel hombre rico, dispuesto a ir a la guerra para derrocar a Porfirio Díaz...La fe se comunicaba en ondas concéntricas; traspasaba valles y montañas hasta los pueblos más remotos, donde las gentes ya no se preguntaban quien era ni de dónde venía el nuevo caudillo; sino se regocijaban de saber que era otro y no aquél mismo, el autor de tantas desgracias. (7)

Después Lara Pardo nos hace la historia del régimen maderista; aquí los postulados básicos de su pensamiento son evidentes. - El fracaso de Madero, no es de Madero, es el resultado de la inoperante del sistema que intenta implantar en México. Parece que su intento fundamental es señalar los errores de la democracia. Pero a partir de este momento, Lara Pardo ya no hace historia y nos va a contar no lo que pasó, sino lo que debiera haber pasado, o mejor aún, lo que le hubiera gustado que pasara.

Si Madero lejos de pretender gobernar con la legalidad, con la Constitución, hubiera hecho lo que Lenin..Si Madero en vez de un demócrata hubiera sido un marxista.. las opiniones de este tipo se repiten con machacona reiteración.

Su llave de oro va a permitirle de ahora en adelante, expli

carlo todo; Madero es un burgués, en el mayor y peor de los senti-  
dos; Zapata es un campesino. De esta diferencia surge la imposi-  
bilidad del diálogo.

Los conceptos que Zapata y Madero tenían de todo aquello eran contradictorios. El burgués rico inoculado del virus de la -  
politiquería no podía estar acorde con el hombre salido del pueblo, trabajador del campo, testigo presencial de la mi-  
seria, el abandono, la opresión y la des-  
gracia a que estaba sometido el labrador de la tierra. (8)

Henry Lane Wilson aparece dentro de la perspectiva de Lara Pardo, como un representante típico del imperialismo de los Esta-  
dos Unidos; además, en este capítulo, Lara Pardo da rienda suelta a una yancofobia personal, patrimonio del tiempo en que escribe.

A veces las opiniones de Lara Pardo rayan en la exageración como cuando asemejándose a la ideología de Madero, afirma que carece de todo valor porque no era un marxista y ni siquiera un tolst-  
toista.

No fue impulsado por ideas ni por conceptos originales. No lo anima-  
ba algo como un tolstoisimo. No co-  
nocía a Kari Marx. No lo llevó el deseo de transformar el mundo ni de introducir sistemas de gobier-  
no hasta entonces no empleados. Fué arrastrado por una corriente que iba deslavando su propio cau-  
ce; por una inquietud que, por di-  
versas causas de las que conmovían a la gran masa, agitaba ya la bur-  
guesía rica, hasta entonces balauz-  
te del porfirismo. (9)

Visto todo lo anterior se entiende que Lara Pardo acabe pensando que como la revolución de 1910 no fue marxista no valió la pena, que proyectando lo que él creyó que eran los signos de su tiempo la historiara tan dentro de un cliché ideológico que la - desfiguró sin comprenderla. Porque hacerlo inteligentemente no - estaría mal; al fin y al cabo, nosotros creamos que el presente condiciona nuestra imagen del pasado, pero si exigiríamos del au tor, la aplicación rigurosa de sus categorías historiográficas, cualesquiera que éstas sean.

Los dos retratos históricos de Madero que llevamos vistos, creamos que prueban nuestra idea, sólo que el segundo, más que re trato, como actitud que se repite en el presente, recuerda a una criatura.

STANLEY R. ROSS

Historia y comprensión

Desde la revolución que en la historiografía norteamericana provocaron Robinson, Beard y Becker, los historiadores norteamericanos han sido conscientes de sus limitaciones para lograr la imparcialidad, objetivo principal de la historiografía positivista de origen alemán, pero si bien estos historiadores se han hecho cargo de esa imposibilidad, no han renunciado al afán de ser objetivos, es decir, que sus opiniones tengan un fundamento suficiente de hechos y de documentos.

En su esfuerzo de objetividad, además, se han allegado recursos de otros terrenos de la investigación como son la sociología, la economía, la teoría política, etc. Así las obras históricas norteamericanas se distinguen por una gran riqueza instrumental, por el rigor con que analizan las fuentes y por la clara conciencia de que, quiérase o no, sus predilecciones y prejuicios estarán presentes en sus obras.

En un muy explicable fenómeno, la historia de México ha ejercido una especial atracción para los historiadores norteamericanos, desde que México llegó a ser nación independiente, fenómeno que infortunadamente no se ha producido a la inversa. Esa atracción general, la historia contemporánea de México ha ocupado lugar principalísimo, puesto que la Revolución Mexicana, primera -

de la América Latina, puso a prueba muchas de las formas del comportamiento político de los Estados Unidos. Primero se generó la necesidad de entender los sucesos que súbitamente habían comenzado, en seguida la participación o abstención de los Estados Unidos en la política interior de México. Después el papel de su diplomacia en el reconocimiento o desconocimiento de los múltiples gobiernos que surgieron del movimiento mexicano. Finalmente, al girar la revolución hacia un nacionalismo económico, empezará a dar vigor a muchas decisiones revolucionarias e incluso llegará a la expropiación de empresas tan importantes como las del petróleo. Todo esto afectará intereses norteamericanos y convertirá en vital para ellos el comprender el sentido de los acontecimientos mexicanos. La cercanía obligará mutuamente, a veces, a interesarse en los sucesos del otro lado de la propia frontera.

Precursor en el tipo de estudios serios sobre México fue el profesor Frank Tannenbaum. Sin entrar a discutir sus personales puntos de vista sobre nuestro país, Tannenbaum es una figura fundamental por el esfuerzo de comprensión que sobre nuestros asuntos manifestó siempre. Tannenbaum no se satisface con el estudio de los documentos; viene a México y como conoce el idioma, se compenetra del medio, de las costumbres y trata de familiarizarse con mexicanos distinguidos en diversas formas de la vida nacional. Después escribe para explicarnos y explicarse nuestra conducta. Todas estas inquietudes serán el origen de un activo

seminario de Estudios Latinoamericanos en la Universidad de Columbia, donde se formaran muchos estudiosos.

Discípulo de Tannenbaum y por lo tanto con una parte de la misma orientación, Stanley Ross se acerca a los estudios latinoamericanos, en los que finalmente elige a México y a su revolución como interés principal.

El libro de Stanley R. Ross, Madero. Apóstol de la Democracia Mexicana se publica en 1955, justamente por la Universidad de Columbia. Traducido al español en 1959, pasa por ser hasta hoy la biografía más completa de Madero.

Con un estilo claro y sencillo, Stanley Ross dibuja los perfiles de Madero y su revolución; a lo largo de todas las páginas de la obra se percibe sobre todo la profunda simpatía humana que Ross siente por su personaje. El subtítulo de la obra es revelador, para Ross, Madero apóstol, encarna prácticamente la democracia.

Stanley Ross viene de un país democrata y esto resulta determinante en su libro; su idea de la democracia y su medida de ésta, según las categorías que aplicará al fenómeno mexicano. Claro que como historiador procura beneficiarse de todo el material que le permite fundamentar y sostener su idea.

La primera parte del libro de Ross narra desde el nacimiento y la educación de Madero. Estudia su circunstancia, el



régimen de Díaz, y pone énfasis en el desarrollo económico que México alcanzó en esos años. Resulta lógico para él, que progreso y conciencia política formen una unidad; es decir que la democracia y la conciencia de ésta, den por resultado un desarrollo integral de la sociedad. Es decir, que entre porfiriatismo y despertar democrático, lejos de haber una contradicción - hay una sucesión. Solamente en las sociedades que tienen alguna forma de desarrollo industrial se puede poner en práctica la democracia o al menos manifestarse la conciencia de su carencia.

Dentro de esa estructura, Ross entiende el surgimiento - de la conciencia política de Madero, no como fruto de un proceso intelectual, sino social y sentimental; un párrafo en este - sentido es aclarador, Madero piensa Ross "tuvo la creencia de - que él como todos los ciudadanos, tenía la sagrada obligación - de cooperar en la práctica de la democracia" (10). En nuestra opinión Ross ha penetrado muy agudamente en el espíritu de Madero; la política más que una ciencia, más que una idea, es una práctica y un resultado de ciertas formas de organización social. Por ello el énfasis que Ross pone en el hecho de que Madero viajó, conoció y vivió la democracia en los Estados Unidos.

Entiende que Madero antes que a la teoría, le da importancia a la práctica democrática, por eso interviene en la política de su localidad y de ahí su afán de organizar un partido. La -

práctica de la democracia es algo cotidiano, cuyos resultados se dan siempre más o menos pronto. La publicación del libro de Madero, hecho que otros historiadores no han podido comprender en su verdadero sentido, Ross lo explica atinadamente como una obra circunstancial de propaganda, es decir de algo que intenta despertar el proselitismo e invitar a la acción.

La sucesión presidencial en 1910 tiene poco mérito literario o significado social para ser recomendado. El volumen contiene repeticiones, y el lector prefiere que el autor no ha digerido suficientemente el material consultado. Sin embargo, Madero no pretendía tener aptitudes literarias. "No soy el historiador frío, tranquilo y desapasionado, que trata hechos importantes después de pasados muchos años... y que juzga los hechos por los resultados". Por el contrario, el libro era de propaganda y de oportunidad política, y como tal debe juzgársele. El libro de Madero llegó a las manos del público a la vez que los sucesos políticos del día, y contribuyó grandemente a la agitación y despertar del público. (11)

Ross ve también con claridad que Madero rechazaba el radicalismo porque quienes lo representaban en el México prerrevolucionario, en su generalidad, pecaban de teorizantes; lo más importante para Madero era lograr el despertar político popular.

Desde el punto de vista metodológico, la simpatía de que hablamos antes, se manifiesta claramente en uno de los capítulos del libro, aquél que trata de la campaña política maderista. Ross para comprender mejor a su personaje, acepta la premisa fundamen

tal de Madero, a saber: que el pueblo en 1910 se encontraba preparado para la democracia. Marchan juntos Ross y Madero pero el análisis del historiador va haciendo evidente hasta qué punto el jefe revolucionario se había engañado.

También en estas páginas se percibe la simpatía y afinidad de Ross con Madero; al narrar la campaña política de este Gl timo se perfila el verdadero apóstol de la democracia que está movido por una creencia y por una fe.

La fe de Madero y la determinación para luchar en cualquier circunstancia consti tufan su más significativas caracteristi cas... Las giras políticas de Francisco I. Madero le ganaron el título de "após-  
tol de la democracia". Con inspiración de Mesías predicaba la vida nueva de la libertad y la democracia. (12)

El análisis cuidadoso de los documentos que, como ya hemos dicho, es fundamental en el trabajo de Stanley Ross lo lleva a un resultado obvio, pero que no alcanza a otros autores, de los hechos que estudiamos. Así por ejemplo, al Plan de San Luis, - Ross no le exige que sea sino lo que fue, un plan fundamentalmen-  
te político al que sólo por una deformación de interpretación -  
provocada por los hechos posteriores, pueden pedírsele compromi-  
sos sociales o promesas económicas.

Puesto en la buena tesitura de entender a Madero como de-  
mócrata, es decir liberal, le permitirá también a Ross salir ai-  
roso del tan controvertido punto sobre la ruptura Madero-Zapata.

Madero no podía, en cuanto liberal y demócrata, y pasada la revolución armada, aceptar para el arreglo de la cuestión agraria ni la fuerza, ni la expropiación de la pequeña propiedad, que además sería la base misma de la democracia.

Los esfuerzos de Madero por resolver el problema agrario fueron circunscritos por su deseo de obtener una solución democrática, legal, y por su política de conciliación. Negó que la revolución hubiera hecho encarcelamientos de campesinos. Decía que una cuidadosa revisión del Plan de San Luis Potosí, de sus discursos y programas de gobierno, probaría que las únicas promesas hechas fueron aquellas relativas a la restitución de las tierras a los que habían sido despojados de ellas ilegalmente y la de estimular el desarrollo de la pequeña propiedad. La última de estas promesas no debía ser interpretada como expropiación. "Y siempre he apoyado la idea de la creación de la pequeña propiedad, pero eso no quiere decir que debe despojarse de sus propiedades a los dueños de los grandes latifundios". Desgraciadamente para Madero, muchas personas insistían en considerarlo como el instrumento de grandes e inmediatos cambios. (13)

Lo que en otros autores resulta falta de sensibilidad política, tal como no ejercer presión sobre los otros poderes, respetar la soberanía de los estados, tratar de convencer antes de vencer, son la fin y al cabo las expresiones más acabadas de una doctrina que Madero proclama y practica. Pero quiérase o no, - Ross acabará por darse cuenta de que entre Madero y su pueblo, entre Madero y los políticos que lo siguieron y aún entre Madero

y los miembros de su gobierno, la democracia no era una realidad sino una aspiración. Ni pueblo ni políticos estaban preparados para la democracia, prueba de ello es que no supieron usarla. - Así, Madero acaba por ser un individuo extraño dentro de su propia realidad.

Aún los Tratados de Ciudad Juárez, otro punto discutido e incomprensido de la acción maderista, Ross los disculpa en aras de la democracia.

El tratado de Ciudad Juárez y su significación fue agudamente criticado. Dicho tratado fue una transacción y no un triunfo. La aceptación por Madero de ese arreglo fue el resultado de sus ideas y de su naturaleza, como también de la influencia de su familia. Madero, teniéndole horror a la guerra, estaba ansioso de terminar el derramamiento de sangre. También era motivada por el miedo de que una prolongada guerra civil reavivara el militarismo, al que culpaba de casi todas las desgracias de México desde la independencia. Como creyente en la democracia, estaba ansioso de probar su devoción a las prácticas legales y a los procedimientos constitucionales. Soñaba dirigir a su país por medio de una política de cooperación, que abarcaría a todos los mexicanos, conciliar todos los intereses y devolver la paz a la nación. (14)

Madero resulta aprisionado entre revolucionarios y reaccionarios, ambos fuera de la ley, fuera de la democracia, fuera de la doctrina maderista, que Ross comprende bien, y en la que acompaña de principio a fin al jefe revolucionario y después al gobernante.

El porqué de la pugna Wilson-Madero, de tan nefastos resultados, radica según él en el enfrentamiento de dos modalidades del ser humano: el idealismo maderista que se avenía mal con el realismo agresivo del Embajador.

El saldo de la biografía de Ross, es definitivamente positivo para Madero; el no embonar completamente en su momento, no le resta ninguno de sus méritos. Justamente la labor del apostolado implica renunciación, sacrificio e idealismo, cualidades todas que concurren en su personaje. Pero aún más, su acción prepara el camino de la gran revolución que vendrá después. De ahí que para Stanley Ross Madero sea fundamentalmente un símbolo, un ideal que se anuncia en la historia anterior de México y que perdura en la posterior. De ahí que le parezca que la muerte y glorificación de Madero tiene la virtud de aglutinar a la revolución. Otros serán los que llevarían a buen término la teoría de Madero, su tránsito por la historia de México fue demasiado breve, al decir de nuestro autor:

Vacilaba entre sus ideales democráticos y las técnicas políticas sancionadas por la tradición y recomendadas por sus partidarios y por las exigencias de la situación. No solamente creía en la democracia política, sino que hizo un ardiente, razonable y consistente esfuerzo por aplicarla. Madero trató de seguir una nueva trayectoria política sin la existencia o creación de un nuevo ambiente político. México no estaba preparado para la democracia política, ni el pueblo la necesitaba urgentemente. Madero percibió esto

el fin inmediato y como los medios para la gradual consecución de otras reformas. No carecía de energía, ni de voluntad, - sino más bien de intuición, y no alcanzó a comprender la revolución que él había iniciado y de la que llegó a ser el símbolo. (15)

1910

1911

1912

1913

1914

1915

1916

1917

1918

1919

1920

1921

1922

1923

1924

1925

1926

1927

1928

## CONCLUSIONES

Como hemos querido mostrar en nuestro breve estudio, las circunstancias históricas de un autor influyen grandemente en el análisis que aquél hace de su objeto de estudio. Nunca podrá aquél prescindir de las limitaciones que le proporcionan tiempo, lugar, educación, medio social, es decir nunca podrá prescindir de su circunstancia. Nuestros tres autores corresponden a tres tantos diferentes tipos de la historia de la Revolución Mexicana, y en consecuencia nos ofrecen tres visiones distintas de Madero y de su movimiento.

Madero ha sido juzgado generalmente de acuerdo a las exigencias del momento de quién escribe. De acuerdo a ellas le han atribuido o negado objetivos, seguramente lejanos al idealismo maderista, y el resultado es, que en la mayoría de los casos, ha sido mal interpretado. Sin duda un autor no puede despojarse de su propia circunstancia pero debe por lo menos, de acuerdo a ella tratar de comprender al personaje. Esto no siempre ha ocurrido con Madero, a pesar de ser uno de los personajes de la historia de México sobre el que se han escrito mayor número de libros.

Para nosotros el principal generador de la obra de Sánchez Azucena es sobre todo el sentimentalismo que lo vincula al movimiento renovador de 1910. En el tiempo transcurrido entre



su libro y los hechos historiadados se suavizaron las diferencias que pudieron existir entre el jefe revolucionario y el autor, y vance la nostalgia, el firme convencimiento de que el movimiento, en el cual participó, ha sido el más positivo en la historia de México y también en vista de los acontecimientos posteriores una ampliación de la originaria doctrina maderista.

Lara Pardo, en contraste con Sánchez Azcona, tiene un punto de vista totalmente negativo sobre el maderismo, sin intentar siquiera entenderlo. Se disgusta porque el personaje no responde a exigencias fuera de su ideología. Es el autor clásico del tipo que señala lo que debió haberse hecho, actitud completamente ahistórica. Se aparta del tiempo de Madero para enfocar los acontecimientos a la luz de las doctrinas que prevalecen en su momento, lo que lo lleva a desvirtuar los hechos de la revolución de 1910.

Stanley Ross podríamos decir que es el foco central de nuestra atención; es el único historiador profesional de los tres, es el único que encara documentos, libros, datos, juicios, en busca de lo sucedido. Su juicio por tanto está mejor fincado. Su propia ideología encaja con el maderismo, pero además ejercita un espíritu de comprensión del medio en que se desarrollaron los acontecimientos de 1910. Por todo ello entiende mejor que otros autores al maderismo y considera que el legado de Madero, no está en su gobierno, sino en el símbolo que representa para la democracia mexicana.

Madero, en nuestra opinión, salvino revolucionario, pero se veía mejor a sí mismo como un político que pensaba poder implantar la democracia por medios institucionales, y que fiel a su propia imagen quiso hacerlo lo antes posible, cuando removido Díaz del poder pensó que la corriente de la democracia nutriría indefectiblemente la realidad toda de México. Desgraciadamente el ambiente no estaba preparado y su actuación apareció torpe, de allí la falta de comprensión con que se ha juzgado su obra; tanto sus contemporáneos, actores del mismo movimiento, - como muchos historiadores que han escrito sobre él después, han pretendido exigirle ser actor y artífice de una revolución que, hasta donde a nosotros se nos alcanza, no fue su revolución.

## N O T A S

1. SANCHEZ AZCONA, Juan: La etapa maderista de la revolución. México, Biblioteca del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1960. pp. 85-86.

BLANQUEL, Eduardo: Apuntes inéditos sobre la etapa precursora de la Revolución Mexicana. Inédito.

3.- SANCHEZ AZCONA, Juan: Ibid., p. 88

4. Ibid., pp. 56-57

5.- LARA PARDO, Luis: Madero, (Esbozo político). México, Ediciones Botas, 1937. p. 13

6. Ibid., p. 38

7. Ibid., p. 117

8. Ibid., p. 197

9. Ibid., p. 86

10. ROSS, Stanley R.: Francisco I. Madero. Apóstol de la democracia. México, Editorial Grijalvo, Biografías Gandesa, 1959, p. 42

11. Ibid., pp. 68-69

12. Ibid., pp. 88, 104

13. Ibid., pp. 230-231

14. Ibid., p. 166

15. Ibid., p. 321

## BIBLIOGRAFIA

- ARNAIZ Y FREG, Arturo: Madero y Pino Suárez. En el cincuentenario de su sacrificio. 1913-1963. México, Secretaría de Educación Pública, 1963.
- BLANQUEL, Eduardo: Apuntes inéditos sobre la etapa precursora de la Revolución. Inédito.
- COLLINGWOOD, R. G.: Idea de la Historia. México, Fondo de Cultura Económica, 1958 (3a. edición).
- FUETER, Ed.: Historia de la historiografía moderna. Buenos Aires, Editorial Nova, 1953 (Traducción de Ana María Ripa Iltano)
- LARA PARDO, Luis: Madero (Esbozo político). México, Ediciones Botas, 1937
- MADERO, Francisco I.: La sucesión presidencial en 1910. México, Editora Nacional, 1967 (3a. edición).
- ROMERO, José Luis: Sobre la biografía y la historia. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1945.
- ROSS, Stanley R.: Francisco I. Madero. Apóstol de la democracia mexicana. México, Editorial Orijalvo; Biografías Gaudesa, 1959 (traducción de Edelberto Torres).
- SANCHEZ AZCUNA, Juan: La etapa maderista de la revolución. México, Biblioteca del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1960.
- URREA, Blas (Luis Cabrera): Veinte años después. México. Ediciones Botas, 1938.
- VAZQUEZ, Josefina Marañón: Historia de la Historiografía. México, Editorial Formaca, S. A. de C. V., 1955.
- VILLEGAS, Abelardo: La Filosofía en la historia política de México. México, Editorial Formaca, S. A. de C. V., 1966.

## I N D I C E

	Pag.
Introducción . . . . .	1
Sánchez Azcona. Historia y vivencia. . . . .	4
Lara Fardo. Historia y juicio. . . . .	12
Stanley Ross Historia y comprensión . . . . .	19
Conclusiones. . . . .	29
Notas . . . . .	32
Bibliografía . . . . .	33

marco  
antonio  
dia  
m...

